

Antezana a la luz de Laclau: El Nacionalismo Revolucionario como ‘significante vacío’

Revolutionary Nationalism as an ‘empty signifier’

Víctor Orduna Sánchez¹

Arrastrados los trece cadáveres hasta el borde, fueron pausadamente empujados al hueco, donde vencidos por la gravedad daban un lento volteo y desaparecían, engullidos por la sombra [...]. Entonces echamos tierra, mucha tierra adentro.
Pero, aun así, ese pozo seco es el más hondo de todo el Chaco.

Augusto Céspedes, “El pozo”, (2016 [1936]): 188.

Resumen

Este artículo sostiene que, a lo largo del siglo XX, el Nacionalismo Revolucionario (NR) –tal cual lo concibe y teoriza Luis H. Antezana (1983)– ha operado en una función ideológica análoga a la del ‘significante vacío’, teorizado por Ernesto Laclau (1996, 2005) para explicar la relación entre discurso, hegemonía y populismo. Los elementos que permiten entender el paradigma del NR en posición de significante vacío son los siguientes:

1 Periodista, editor y asesor en comunicación política. Con formación en periodismo, comunicación y literatura. Estudios de postgrado en Comunicación Estratégica y en Políticas Editoriales, y maestría en Teoría Crítica (egresado). Doctorante en Política, Sociedad y Cultura (cides-umsa). Ha investigado el discurso de la prensa en dictadura, desde la perspectiva de la crítica poscolonial, y el surgimiento del criollismo como pensamiento crítico colonial en el discurso religioso de fray Antonio de la Calancha (*Crónica moralizada*, 1638). Email: cantantecalva@gmail.com

i) su vocación hegemónica –con independencia del signo ideológico que esta adopte según la contingencia histórica–; ii) la conjugación de ideologemas socialistas, nacionalistas, indigenistas, antiimperialistas, fascistoides e izquierdistas; iii) la ocupación del centro del poder estatal boliviano; iv) la encarnación de un antagonismo radical entre ‘pueblo’ y ‘oligarquía liberal’; y v) el cumplimiento de los postulados propios de la retórica catacrética laclausiana. La conjugación de estos elementos da cuenta de cómo el NR ha podido operar de forma relativamente libre, continua y persistente como la principal matriz ordenadora y repartidora de las ideologías en Bolivia durante décadas.

Palabras clave: Nacionalismo Revolucionario, discurso, ideología, hegemonía, significante vacío.

Abstract

This article argues that, throughout the 20th century, Revolutionary Nationalism (RN)—as conceived and theorized by Luis H. Antezana (1983)—has functioned as an ideological mechanism analogous to the concept of the ‘empty signifier’ theorized by Ernesto Laclau (1996, 2005) to explain the relationship between discourse, hegemony, and populism. The elements that support understanding the RN paradigm as an empty signifier are as follows: (i) its hegemonic vocation—regardless of the ideological orientation it adopts depending on historical contingencies; (ii) the combination of socialist, nationalist, indigenist, anti-imperialist, fascistoid, and leftist ideologemes; (iii) its occupation of the center of Bolivian state power; (iv) its embodiment of a radical antagonism between ‘the people’ and ‘the liberal oligarchy’; and (v) its fulfillment of the rhetorical premises intrinsic to Laclau’s catachrestic framework. The interplay of these elements explains how RN has managed to operate relatively freely, continuously, and persistently as the principal organizing and distributive matrix of ideologies in Bolivia for decades.

Keywords: Revolutionary Nationalism, discourse, ideology, hegemony, empty signifier.

Introducción

Este artículo se propone identificar y analizar las condiciones de homología entre el Nacionalismo Revolucionario (NR)², como eje u operador

2 En adelante se utiliza la abreviatura NR en gran parte del documento.

ideológico en torno al cual convergen los procesos políticos bolivianos entre 1935 y 1979 –según la conceptualización desarrollada por Luis H. Antezana (1983)–, y la categorización de ‘significante vacío’ o ‘significante hegemónico’ planteada por Ernesto Laclau (2011 [2005]), en el marco de una teorización general sobre el funcionamiento estructural del populismo que, en términos concretos, le permitió al filósofo postmarxista argentino describir cómo operó, ideológicamente, el peronismo en la Argentina, además de otros regímenes políticos, con independencia de su signo ideológico. El artículo rastrea, en esa misma línea, una posible proyección y vigencia del NR a lo largo de las últimas décadas del siglo pasado e, incluso, con el surgimiento contemporáneo de nuevos ‘objetos sociales’ complejos como la tríada ‘indígena originario campesino’. Concluye con un tanteo de los límites teóricos del ‘giro lingüístico’ en relación a la producción de ideología, y con una valoración actual de las condiciones de reproducción ideológica en Bolivia, a pocos meses de la celebración del Bicentenario y a sólo unos años de la conmemoración del Centenario de la Guerra del Chaco (1932-1935).

En pos de la hegemonía

La vocación hegemónica es el primer elemento de compatibilidad entre la teorización del ‘significante vacío’ y el NR. Para Antezana, el NR es, precisamente, el ‘eje dominante’ en torno al cual convergen los procesos ideológicos bolivianos entre 1935 y 1979 (Antezana, 1983: 60). Siguiendo a Laclau, “el NR sería –precisa Antezana– la ideología de las clases dominantes que logran articular hegemónicamente su discurso ‘sobre el resto de la sociedad’ boliviana” (*op. cit.*: 65).

Laclau prefiere, en todo caso, desplazar la noción de ‘ideología’ hacia la de ‘discurso’. Con base en la lingüística saussureana –y tomando en cuenta las ‘correcciones’ de las escuelas de Copenhague y de Praga, que radicalizaron el formalismo lingüístico haciendo posible “ir más allá de la restricción a la sustancia fónica y conceptual y desarrollar la totalidad de las implicancias ontológicas” (Laclau, 2011: 79)–, el filósofo argentino describe la hegemonía como la operación mediante la cual una “diferencia, sin dejar de ser

particular, asume la representación de una totalidad incommensurable” (*op. cit.*: 79). Esa relación por la que un contenido particular pasa a ser el significante de la plenitud comunitaria ausente es, exactamente, “lo que llamamos relación hegemónica” (Laclau, 1996: 82). Así, la presencia de los significantes vacíos supone, en última instancia, la condición misma de la hegemonía. Por paradójico que parezca, el ‘vacío’ expresa aquí una subversión del signo: un significante sin significado. En otras palabras, se trata de un significante de “la pura cancelación de toda diferencia” (*op. cit.*: 73), puesto que “las varias categorías excluidas, a los efectos de ser los significantes de lo excluido (o, simplemente, de la exclusión) tienen que cancelar sus diferencias a través de la formación de una cadena de equivalencias de aquello que el sistema demoniza a los efectos de significarse a sí mismo” (*op. cit.*: 74).

Aunque Antezana prefiere orillarse hacia la noción foucaltiana de ‘episteme ideológica’ –como “campo discursivo donde aparecen, se organizan y definen una serie de objetos sociales y políticos” o “campo donde los discursos adquieren sentido” (Antezana, 1983: 62)–, también recurre al ‘vacío’ para enmarcar el espectro abarcado por el NR:

[...] siguiendo la imagen que JP Faye utiliza para describir el ámbito político alemán en torno al nazismo³, el NR estaría en el vacío que comunica los extremos de un espectro ideológico representado como herradura [...] El NR es una intersección ideológica que, bajo los avatares del ejercicio del poder, se ocupa necesaria y permanentemente; es decir, el ámbito ideológico precede, en cierta forma, al ejercicio del poder [...]. Quien toma el poder –legalmente o de facto– utiliza, marcando la izquierda o la derecha, o proponiendo un posible centro, este ámbito ideológico [...] (*op. cit.*: 62).

Al amparo de cualquier signo ideológico

A partir de la constatación de que la presencia de los significantes vacíos es la condición misma de la hegemonía, Laclau critica la noción de hegemonía

3 Antezana se refiere aquí a Jean-Pierre Faye (1925), filósofo y escritor francés a quien se atribuye la denominada ‘teoría de la herradura’, que alude a la proximidad en las representaciones de los extremos ideológico-políticos.

gramsciana porque esta plantea que “una clase o grupo es considerado hegemónico cuando no se cierra a una estrecha perspectiva corporativista, sino que se presenta a amplios sectores de la población como el agente realizador de los objetivos más amplios tales como la emancipación o la restauración del orden social” (Laclau, 1996: 83). ¿Qué entendemos por ‘objetivos más amplios’?, se pregunta Laclau, para luego responderse: a) que la sociedad sea una adición de grupos separados (un equilibrio precario de un acuerdo negociado entre grupos); o bien b) que la sociedad tenga algún tipo de esencia preestablecida, con lo cual, la hegemonía significaría la realización de esa esencia (*ibid.*). Dado que Laclau no cree que lo social se funde en esencia alguna –sino, más bien, en el ‘puro vacío’–, argumenta que, si se considera la hegemonía desde el punto de vista de la producción de significantes vacíos, el problema desaparece porque, en tal caso, “la operación hegemónica sería la presentación de la particularidad de un grupo como la encarnación del significante vacío que hace referencia al orden comunitario como ausencia, como objeto no realizado” (*ibid.*).

¿Es el NR el significante de una ausencia, de un vacío, de una incompletitud e imposibilidad social? Probablemente sí, como veremos más adelante. Por ahora, vale la pena subrayar cuán importante es el significante vacío como manifestación de una falla estructural, de la imposibilidad de la sociedad como totalidad cerrada. Ésta es una cuestión fundante en la teoría laclausiana –y, generalmente, poco comprendida– en la que es preciso incidir. Aunque el pensamiento de Laclau se inscribe, en general, en el ámbito de la izquierda latinoamericana y particularmente argentina –primero en el peronismo y, luego, en el kirchnerismo–, su teorización aspira a desentrañar la lógica de producción de sentido para la totalidad de la política, como sistema de significación. De ahí que el filósofo argentino concluya que puede haber un populismo de izquierdas o de derechas –cuestión que le ha generado críticas de distinta índole⁴–, puesto que concibe el mismo no

4 El psicoanalista lacaniano Jorge Alemán, por ejemplo, rechaza que el neoliberalismo sea un discurso hegemónico y le reprocha a Laclau que haya habilitado, teóricamente, la posibilidad de un populismo de derechas, pues esto habría permitido que la nueva extrema derecha fascistoide (Le Pen y Trump, entre otros) se reivindique como popular (véase: Cátedra Libre Ernesto Laclau: Jorge Alemán, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de

como un tipo de movimiento en particular sino como una lógica política general (Laclau, 2011: 130). En suma, toda la lógica discursiva laclausiana se funda en un ‘lugar vacío’, en ‘lo imposible necesario’: “Todo sistema de significación está estructurado en torno a un lugar vacío que resulta de la imposibilidad de producir un objeto que es, sin embargo, requerido por la sistematicidad del sistema” (*op. cit.*: 76).

Para Laclau el discurso constituye el terreno primario de la constitución de la objetividad como tal. Sin embargo, la formación de lo social, a través del proceso de antagonismo radical –que, por cuestión de espacio, no es posible detallar aquí– es la piedra angular –y controvertida– de su lógica del sentido: “Podemos decir, con Hegel, que pensar los límites de algo es pensar qué está más allá de esos límites [...]. Lo que constituye condición de posibilidad del sistema significativo es también su condición de imposibilidad [...]. Los límites presuponen una exclusión; los límites auténticos son siempre antagónicos” (*op. cit.*: 72-73). En ocasiones, Laclau también utiliza la expresión ‘significante tendencialmente vacío’ para poner de relieve cómo, al volverse equivalente de todo un conjunto de demandas, este significante hegemónico se va vaciando de un significado propio concreto para operar un antagonismo general marcando el límite, el límite de la totalidad: “Es sólo privilegiando la dimensión de equivalencia hasta el punto en que su carácter diferencial es casi por entero anulado –es decir, vaciándose de su dimensión diferencial– que el sistema puede significarse a sí mismo como totalidad” (Laclau, 1996: 75). Se trata, en todo caso, de una totalidad ilusoria, nunca alcanzada e imposible de consumar⁵, tal y como sucede con el NR.

Buenos Aires (UBA), 2 de mayo de 2017, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=-cfJofNwCsE>.

5 Recientemente Timothy Appleton critica la dinámica que plantea Laclau para estabilizar formaciones sociales, a partir de la lógica de los antagonismos, pues considera que del mismo modo que la oposición principal entre el antagonismo radical y su exterioridad dan lugar a una presunta totalidad social, lo mismo sucedería, recurrentemente y en bucle, con cada una de las diferencias incluidas en la cadena equivalencial, tomándolas de manera particular: “Laclau y Mouffe están contradiciéndose a sí mismos [...] dentro de un espacio social existen varias demandas que luego se combinan para formar un antagonismo, pero cada una de estas demandas, en verdad, representa un antagonismo en sí mismo [...] el antagonismo principal es también una demanda; en última instancia Laclau no reconoce la distinción

Antezana considera que el NR, desde su constitución poco antes de la Guerra del Chaco (1932-1935) en la periferia del discurso liberal, conjuga “ideologemas⁶ socialistas, nacionalistas, indigenistas, antiimperialistas, fascistoides e izquierdistas” (Antezana, 1983: 61), pues es un “eje lineal, oscilante, flexible” en el que “los extremos –nacionalismo y revolucionario– se tocan y se entremezclan con ámbitos ideológicos de derecha y de izquierda” (*ibid.*). No es, sin embargo, una ideología de centro, sino, más bien, “por su oscilación, [es] una especie de operador ideológico, un puente tendido entre los extremos del espectro político boliviano; un arco –si se quiere– que comunica la ‘extrema izquierda’ con la ‘extrema derecha’” (*ibid.*).

El NR, por lo tanto, no es una síntesis del espectro ideológico boliviano, sino una “intersección” que tendió aceleradamente, después de la contienda del Chaco, “hacia el centro del poder estatal, desplazándose en la línea del socialismo militar de Toro (1936-1937), Busch (1937-1939) y Villarroel (1944-1946)” (*op. cit.*: 60). Podría decirse, en consecuencia, que el NR cumple su función hegemónica como significante vacío ocupando el “centro del poder estatal boliviano” y deviniendo, de hecho, en “una de las condiciones orgánicas del ejercicio del poder” (*op. cit.*: 61).

lógica entre demandas y antagonismos [...]. La lógica que incorpora es defectuosa porque no se puede tener antagonismo dentro de otros antagonismos porque, en este caso, el propio campo social colapsaría [...]. Dicho de otra manera, si el antagonismo es el límite de toda objetividad social, esto implicaría que se puede tener un ‘límite de toda objetividad’ dentro de otro, lo cual sería un absurdo. Esto nos permite entender el problema de la totalización: se basa en una contradicción insoluble” (Appleton, 2022: 37-38).

6 Kristeva define ‘ideologema’ como “aquella función intertextual que puede leerse ‘materializada’ a los distintos niveles de la estructura de cada texto, y que se extiende a lo largo de todo su trayecto, confiriéndole coordenadas históricas y sociales [...]. El ideologema de un texto es el hogar en el que la racionalidad conocedora integra la transformación de los enunciados (a los que el texto es irreducible) en un todo [el texto], así como las inserciones de esa totalidad en el texto social e histórico” (1974: 15-16). No obstante, en términos más asequibles, podría considerarse que un ideologema se refiere a las coordenadas ideológicas a las que remite un texto.

Lógica equivalencial y demonización de la oligarquía

Para ejemplificar la operación de la lógica equivalencial “al nivel más alto”, Laclau recurre al peronismo de los años sesenta. Tras la revolución conservadora de mediados de los años cincuenta, la Argentina se encuentra, dice Laclau, ante una disyuntiva: la nueva oligarquía restaurada en el poder planteaba la posibilidad de absorber todas las demandas sociales desarticulando el peronismo⁷. Si el nuevo proyecto hegemónico conseguía su propósito se reconstituiría un régimen liberal-oligárquico que afrontaría las demandas bajo la lógica de la diferencia (es decir, desagregándolas). Por el contrario, si las demandas insatisfechas no lograban ser absorbidas y desarticuladas, por separado, por el nuevo sistema de poder, ocurriría un proceso inverso de expansión en torno al peronismo y a la lógica de la equivalencia (es decir, un proceso propiamente populista):

Lo que ocurrió fue lo segundo. En los años 60, la Argentina entró en un rápido proceso de desinstitucionalización. Las demandas sociales no logran ser absorbidas por el sistema institucional vigente y, como resultado de todo esto, los significantes vacíos del peronismo pasan a ocupar un lugar cada vez más central. Es decir, la sociedad argentina empieza a polarizarse en dos campos perfectamente delimitados. El significante vacío que cumplió ese papel fue la demanda del retorno de Perón [exiliado en España]. Es decir, que el cuerpo de Perón pasa a constituirse en el significante que unifica la totalidad del cuerpo político [...]. El peronismo no era una ideología perfectamente definida, era una serie de símbolos políticos que correspondían a las más diversas orientaciones. Ustedes encontraban *fachistas* peronistas, maoístas peronistas, trotskistas peronistas, toda la gama ideológica que se unificaba alrededor de estos símbolos populares del peronismo pero que no tenían un contenido demasiado preciso [Laclau, 11':08"-14':23"].

7 Todas las referencias al peronismo como ejemplo de la lógica equivalencial y al peronismo en general provienen de Ernesto Laclau, “Lo real en acción social: el antagonismo como fuente de las identidades políticas” (seminario), 28 de febrero de 2007, Centro de Documentación y Estudios de Arte Contemporáneo (CENDEAC), Murcia. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=l0zRVSnOooo> [en adelante, se indica solamente el minutaje correspondiente a cada referencia].

Esa imprecisión o flotación de contenido propio de la lógica equivalencial es también un rasgo característico del NR, que le permite que, en determinadas circunstancias, en torno a él puedan converger y agruparse “prácticamente [...] todos los discursos ideológicos bolivianos” (Antezana, 1983: 71). Aunque este es un tema polémico, esta lógica equivalencial operaría al margen, incluso, de la condición democrática o autoritaria de los regímenes políticos concretos. Esta oscilación es lo que Antezana desarrolla bajo la oposición entre la ‘letra’ (lo popular-democrático, podría decirse) y el ‘espíritu’ (las derivaciones autoritarias) del NR, que se manifestarían en formas democráticas o autoritarias, según cada coyuntura histórica:

En la ‘letra’ del MNR hay nomás un cierto ‘populismo democrático’, un cierto ‘centro’ ideológico que simpatiza con medidas pro-populares. Este ‘populismo democrático’ parece ser el límite extremo que la hegemonía del Estado boliviano puede aceptar sin recurrir a sus aparatos represivos. En cambio, el ‘espíritu’ del NR demuestra nomás la definición gramsciana del Estado: hegemonía más dictadura [...]. En varios momentos de la historia boliviana posterior a 1952, una cierta aplicación de la ‘letra’ del NR es notable en gobiernos como los primeros años del MNR (1952-1954), Ovando (1969-1970), Torres (1970-1971) y una que otra ‘primavera’ democrática; en la aplicación del ‘espíritu’ del NR, en cambio, el Estado toma forma directamente dictatoriales; así, por ejemplo, en los últimos gobiernos del MNR (1954-1964), Barrientos (1964-1969), Banzer (1971-1978) y las permanentes asonadas militares (*op. cit.*: 69).

Dado que todo sistema de significación se funda, en última instancia, en el vacío, y que la cadena equivalencial sólo adquiere sentido al diferenciarse, como conjunto, de una exterioridad radicalmente antagónica, puede afirmarse, como hace Antezana, que “la Revolución Nacional está condenada al inacabamiento” (*ibid.*). Es una plenitud imposible que no impide que el NR se reproduzca con una capacidad abarcadora pródiga, como muestra Antezana con varios ejemplos: la dictadura de Banzer (1971) no puede operar sola, necesita el poder hegemónico del NR, por lo que se alía con el MNR de Paz Estenssoro y la FSB; por otra parte, los dos frentes más fuertes para las elecciones generales de 1978 (la UDP y el MNR-A) –con Siles Zuazo y Paz Estenssoro a la cabeza, respectivamente– hegemonizaron la competencia

electoral bajo el ideologema del NR, incorporando a sus coaliciones a dos partidos de fuerte tradición izquierdista: el Partido Comunista de Bolivia (PCB) en la UDP y el Partido Comunista Marxista Leninista (PC-ML) en el MNR-A (*op. cit.*: 71). “Independentemente de las razones ‘tácticas’ de estas alianzas, es notable que el NR pueda asumir con pasmosa facilidad discursos que, en algún momento, eran incompatibles en la escena política boliviana”, anota Antezana (*ibid.*).

La compatibilidad de lo que, *a priori*, parecía incompatible, se hace posible a través de una operación retórico-discursiva descrita por Laclau (2011: 122): “es mediante la demonización de un sector de la población que una sociedad alcanza el sentido de su propia cohesión”. Con respecto al elemento excluido (demonizado), todas las otras diferencias son equivalentes entre sí.

Pero, ¿cuál es el elemento excluido contra el que se funda todo el sentido del NR? El mismo que en el caso del peronismo: la oligarquía liberal. “El NR representa un corte que quiebra el liberalismo, ideología hegemónica de las oligarquías minera y terrateniente”, apunta Antezana (1983: 80). A su vez, Laclau señala: “A comienzos de los años 70, la sociedad argentina aparece divida en dos espacios políticos absolutamente enfrentados: el espacio del liberalismo oligárquico y el espacio del peronismo[...].” [Laclau, 16':15”-16':31”].

Catacresis y torsiones para la construcción de ‘pueblo’ en el NR

Por último, también se puede establecer un grado de familiaridad entre el NR y el significante vacío a través de la catacresis y de la constitución del ‘pueblo’, en el ámbito del lenguaje figurativo. La retórica es uno de los tres supuestos ontológicos básicos sobre los que Laclau construye su argumentación sobre “el pueblo y la producción discursiva del vacío”⁸. Desde este punto de vista, la catacresis es “algo más que una figura particular: es el denominador común de la retoricidad como tal” (Laclau, 2011: 80).

8 Los otros dos son ‘el discurso’ y los ‘significantes vacíos y la hegemonía’.

Para explicar esta figura, Laclau se remonta a Cicerón y a un estado primitivo de la sociedad en el que, presumiblemente, había más cosas para ser nombradas que las palabras disponibles, de modo que resulta necesario utilizar palabras en más de un sentido, desviándolas de su sentido literal, primordial. Pero, ¿y si esta carencia no fuera empírica? ¿Y si estuviera vinculada con un bloqueo constitutivo del lenguaje que requiere nombrar algo que es esencialmente innombrable como condición de su propio funcionamiento? “En ese caso, el lenguaje original no sería literal sino figurativo, ya que sin dar nombres a lo innombrable no habría lenguaje alguno” (*ibid.*). Esta es la tesis ‘fuerte’ de Laclau en torno a la *retoricidad* de la política, que permite explicar el funcionamiento general del significante vacío:

Este es el punto en el cual podemos vincular este argumento con nuestras observaciones sobre hegemonía y significantes vacíos: si el significante vacío surge de la necesidad de nombrar un objeto que es a la vez imposible y necesario –de ese punto cero de la significación que es, sin embargo, precondición de cualquier proceso significante–, en ese caso, la operación hegemónica será necesariamente catacrética (*op. cit.*: 80-81).

Como derivación de este razonamiento, Laclau concluye que la construcción del pueblo –condición *sine qua non* para cualquier populismo– es, esencialmente, catacrética. ¿Cómo opera, entonces, el mecanismo significante del populismo, genéricamente? Constituyendo un sujeto político global que agrupa la pluralidad de demandas sociales (el ‘pueblo’) e identificando a un ‘otro’ institucionalizado o ‘demonizado’ (el ‘par’ externo del antagonismo radical):

El momento equivalencial presupone la constitución de un sujeto político global que reúne una pluralidad de demandas sociales; esto, a su vez, implica, como hemos visto, la construcción de fronteras internas y la identificación de un ‘otro’ institucionalizado. Siempre que tenemos esa combinación de momentos estructurales, cualesquiera que sean los contenidos ideológicos o sociales del movimiento político en cuestión, tenemos populismo de una clase u otra [...]. El lenguaje de un discurso populista –ya sea de izquierda o de derecha– siempre va a ser impreciso y fluctuante: no por alguna falla cognitiva,

sino porque intenta operar performativamente dentro de una realidad social que es, en gran medida, heterogénea y fluctuante (Laclau, 2011: 131-132).

Sin emplear estos términos laclausianos –que, además, son, en gran medida, posteriores–, Antezana describe en su ensayo el procedimiento catacrético que constituye el sentido de ‘pueblo’ –y, hasta cierto grado, el populismo– en el contexto del NR boliviano. Estudia, para ello, las ‘dos puntas’ del paradigma: ‘nación’ y ‘revolución’. La ‘nación’ –dice– es un término inclinado hacia la derecha, que conduce al nacionalismo. La búsqueda de la ‘unidad nacional’ –cuya condición contextual es, según muchos tratadistas, el encuentro en el frente del Chaco de clases sociales mutuamente desconocidas hasta entonces– llevará latente este clásico contenido ideológico: la nación como nacionalismo deviene un paliativo para abstraer los conflictos y las contradicciones, subordinándolos a una ‘armónica unidad’, bajo la cual prosigue (o se afirma) un sistema de dominación (Antezana, 1983: 65).

Antezana recurre al ensayo seminal de Montenegro (*Nacionalismo y coloniaje*, 1943) para recorrer el ‘camino de torsiones’ –que no es sino, en términos laclausianos, el vaciamiento tendencialmente hegemónico– que lleva de la ‘nación’ al ‘pueblo’ y, por añadidura, a la ‘revolución’:

Montenegro opone la nación a la antinación; la antinación es, para él, una prolongación del coloniaje español; en una línea historicista, la colonia española habría sido prolongada por una colonia interior: los oligarcas internos y terratenientes. La ‘unidad nacional’ se definía en contra de una invasión o una interferencia permanentemente renovadas por la continuación colonial –ahora interiorizada– fundamentalmente antinacional. Así, la constitución de la nación se lograría expulsando a los nuevos colonizadores [...] en un proceso análogo, pensamos, a la guerra de independencia. Una nueva independencia. En este juego conceptual, el ‘pueblo’ es la nación y las clases oligárquicas, la antinación, el nuevo coloniaje (Antezana, 1983: 66).

Sólo falta recorrer un último tramo de permutación semántica –el que lleva de la ‘nación’ a la ‘revolución’– para concluir en lo que Antezana considera que es una apropiación conservadora y ‘demoburguesa’ de las luchas populares:

¿Cómo pudo esta ideología conservadora [...] articularse con un movimiento social ‘popular’? Las clases oligárquicas se oponen, en grueso, al ‘pueblo’ conformado por obreros, mineros, artesanos, pequeña burguesía y una incipiente burguesía nacional. Si este ‘pueblo’, a decir de Montenegro, es la ‘nación’, su lucha contra la oligarquía puede desplazarse contra la antinación. La lucha social deviene lucha nacional. Esta lucha puede ser no sólo antioligárquica, sino, también, antiimperialista (basta una permutación: ‘oligarquía’ igual ‘imperialismo’). Y, puesto que, en estas condiciones, se hacen posibles cambios en las relaciones sociales, la lucha nacional, antioligárquica y antiimperialista, puede entenderse como un proceso revolucionario (*op. cit.*: 67).

Estaríamos, ahora sí, ante el límite mismo del campo semántico del NR y de su estructura o borde exterior: la revolución nacional. Pero no hay que llamarse a engaño; no se trata, en definitiva, de la revolución proletaria o socialista como pudiera esperarse –y como, ciertamente, se creyó factible hasta los inicios de los años setenta, con la instalación de la Asamblea Popular–, sino de una ‘revolución demoburguesa’, puesto que “las condiciones no estaban para pasar de un poder dual (Zavaleta) a la revolución proletaria y el empuje obrero pasará, por un tiempo, hacia un servicio nacionalista” (*op. cit.*: 68). Es así cómo, en última instancia, el aparato de ordenamiento ideológico del NR cumple una función conservadora.

En suma, de acuerdo al análisis de Antezana, se puede afirmar que la cataresis laclausiana opera en el NR a través de un proceso de vaciamiento y resignificación de términos clave como ‘nación’, ‘pueblo’ y ‘revolución’, transformándolos en significantes flotantes que articulan discursos ideológicamente diversos al resguardo de un proyecto hegémónico. La noción de ‘nación’, inicialmente cargada de un sentido conservador y nacionalista, se redefine en oposición a la ‘antinación’ –identificada con las oligarquías internas (aliadas del imperialismo) y el colonialismo interno–, permitiendo su apropiación por sectores populares que se perciben como herederos de la lucha por una nueva independencia. Esta resignificación de la nación como ‘pueblo’ establece un antagonismo simbólico entre los sectores subalternos y la oligarquía, consolidando una narrativa de unidad nacional que invisibiliza las contradicciones internas.

De acuerdo a esta lógica, el paso final en este proceso es la transformación del ‘pueblo’ en agente de ‘revolución’. Sin embargo, esta revolución es reconfigurada dentro de los límites de un proyecto nacionalista y demoburgués, en lugar de uno proletario o socialista. Así, el NR conserva su función como aparato ideológico que articula demandas populares mientras refuerza estructuras conservadoras, subordinando las luchas sociales a un orden nacionalista que perpetúa relaciones de poder desiguales bajo un discurso aglutinador e inclusivo.

Víctimas de la lógica salvaje de los significantes vacíos y vigencia del NR

Si bien el arco temporal que plantea Antezana para su análisis cierra en 1979 –dos años antes de la primera publicación de su ensayo en la revista *Bases*⁹–, cabría preguntarse sobre la perduración y vigencia de su clave de comprensión de las ideologías en Bolivia durante las dos últimas décadas del siglo XX e, incluso, tramontado el nuevo milenio, y con la ‘democracia’ como nuevo significante regente del orden político. Así, del mismo modo que sucedió con el peronismo cuando retornó al poder en 1973 –el cual, según Laclau, fue víctima de la sobreacumulación de demandas y expectativas en la cadena de equivalencias¹⁰–, podría analizarse si Siles Zuazo y el Gobierno de la UDP, en 1982, no fueron también víctimas de la misma lógica por acumulación de demandas y presiones tanto desde la izquierda

9 Rivera Cusicanqui, Toranzo Roca y Zavaleta, 1981. En esta revista –que tuvo un solo número–, Zavaleta Mercado, impulsor de la iniciativa, escribió, además del editorial, dos artículos: “El largo viaje de Arce a Banzer” y “Cuatro conceptos de la democracia”.

10 Laclau reflexiona así sobre el último Gobierno de Perón: “El problema, desde luego, fue que el 73 Perón vuelve a la Argentina y ya no es un significante vacío, es el presidente de la República y tiene que tomar decisiones, pero ahí, la lógica salvaje de los significantes vacíos, el hecho de que se hubieran movido hacia la izquierda y hacia la derecha, en todas direcciones, significaba que Perón no podía controlar, él mismo, su propio discurso. Entonces, el país entró en un proceso de rápido caos institucional que se agudizó tras la muerte de Perón [1974] y el proceso terminó en la forma que todos ustedes saben” [Laclau, 23':52”-25':15”].

como desde la derecha, situación que llevó a un colapso estructural de las condiciones de reproducción del Estado del 52¹¹.

En este sentido, así como la Asamblea Popular pudo representar, en 1970, el límite de desborde del cauce ideológico del NR en su orilla izquierda (genuinamente revolucionaria) – contenida por el golpe militar de Hugo Banzer, en agosto de 1971 –, la dictación del DS 21060 y la implantación de la Nueva Política Económica (NPE), el 29 de agosto de 1985, podría considerarse como el rebalse histórico material en el flanco opuesto: el del nacionalismo estatalista.

En última instancia, apelando a esa polaridad socorrida entre lo ‘oligárquico-liberal’ y lo ‘nacional popular’, valdría la pena tratar de elucidar si el ‘proceso de cambio’, iniciado formalmente el 22 de enero de 2006, volvió a encarrilar la producción ideológica boliviana en el riel discursivo del NR. Para ello, sería preciso considerar la viabilidad y capacidad performativa de los ‘objetos sociales’ (según denominación de Antezana) surgidos –o resurgidos– a lo largo de las últimas décadas; tanto de aquellos más próximos a ambas puntas del NR –la ‘nacionalización’, la ‘industrialización’ y el ‘modelo económico social comunitario productivo’, en el caso del ‘nacionalismo’; y, por otra parte, la ‘revolución democrática y cultural’, la ‘Asamblea Constituyente’ y la ‘descolonización’¹², principalmente, para el extremo de la ‘revolución’ –, así como de aquellos que podrían parecer más excéntricos con respecto al radio de acción original del NR (en particular,

11 A propósito de presiones representativas sobre el aparato estatal durante el Gobierno de la UDP y de la imperiosa necesidad de una reforma del Estado, en 1983, Zavaleta advertía, premonitoriamente: “Siles deberá encarar de otro lado la necesaria absorción de los obreros y militares, como fuerzas sin duda demasiado evidentes, en la lógica representativa del estado, porque es verdad que las masas bolivianas se han hecho democrático-representativas pero no lo es menos que la democracia representativa aquí se mueve dentro de esquemas constitucionales demasiado imperfectos para expresar la complejidad social. La propia existencia de la coalición que llevó a Siles al poder (la UDP) es sin duda un acto muy promisorio en la formulación de una política democrática. Con todo, si ello no se traduce en la reforma del estado, se tratará de un contrato político volátil” (Zavaleta, 1983: 10).

12 Salvo por el elemento ‘anticapitalista’, las consabidas apelaciones ‘antiimperialistas’ y ‘anticoloniales’ de Evo Morales parecen encajar bien en el núcleo mismo del NR.

el ‘Estado Plurinacional’ y el sujeto compuesto por la tríada ‘indígena originario campesino’).

En todo caso, adoptando la perspectiva saussuriana de que “el punto de vista determina el objeto”, Antezana sostiene que, bajo el NR se conformaron una serie de ‘objetos sociales’ que constituyen, en última instancia, ‘la realidad boliviana’ (1983: 75). Estos ‘objetos’ determinan el campo objetivo en el que operan los procesos ideológicos bolivianos (*ibid.*). El filólogo orureño describe y abunda con maestría en tres de ellos (‘pueblo’, ‘clase obrera’ y ‘campesinado’), enumera otros tres (‘universitarios’, ‘iglesia’ e ‘imperialismo’) y se refiere, brevemente, a la ‘burguesía nacional’, a la que fustiga y denosta con severidad.

Aunque puede intuirse que el sujeto triádico ‘indígena originario campesino’ está experimentando agotamiento y declive en su rendimiento político y en su capacidad de cohesionar la subalternidad colonial¹³, resulta útil revisar la anticipada lucidez con la que Antezana estudia el surgimiento del ‘campesinado’, en tanto entidad discursiva. Desde 1953, dice el crítico literario, el campesinado se constituyó en un grupo de poder en la formación social boliviana –un grupo de poder, empero, ‘cuantitativamente determinado’–:

Otro objeto social aislable en/por el NR es el ‘campesinado’. A partir de la Reforma Agraria (1953), el ‘campesinado’ deviene, cada vez con más intensidad y frecuencia, un grupo de poder en la formación social boliviana. Su carácter meramente cuantitativo –más del 50% de la población– lo marca para ello. No sería exagerado decir que, bajo el NR, el ‘campesinado’ es sobre todo un objeto cuantitativo; que, bajo el NR, el ‘campesinado’ es sobre todo un objeto cuantitativamente determinado. A través de mecanismos sindicales, asistenciales, de mercado interno y acuerdos ‘clase-gobierno’ (tal el célebre Pacto Militar-Campesino, instrumentado por Barrientos), el ‘campesinado’ funciona distintivamente dentro del Estado boliviano como una suerte de ‘reserva’ cuantitativa (Antezana, 1983: 81).

13 Podría proponerse, para este caso, la noción de ‘significante fatigado’ o, quizás, aquellas que aplican para la sobresaturación semiótica de la publicidad: ‘saturación significante’, ‘sobresignificación’ o ‘redundancia’ (*Cfr.* Peninou, 1976).

En consecuencia, además de su labor consuetudinaria en la producción agropecuaria parcelaria –vital para el abastecimiento de ciudades cada vez más pobladas–, el campesinado cumplirá, desde entonces, una función cuantitativamente determinante en varios frentes adicionales: el voto popular, el control social a través de milicias, y la provisión de mano de obra –vía migración, en muchos casos– tanto para las FFAA como para abastecer la demanda del mercado de fuerza de trabajo del capital asociado a la siempre renovada promesa de la industrialización nacional (minería, fábricas, agroindustria, entre otros):

un gran esfuerzo estatal ha sido desplegado para asegurar el ‘control’ de este grupo social; proyectos internacionales como los ‘Clubes 4-S’, la ‘Alianza para el Progreso’, las importaciones religiosas, etc., no han sido ajena para reforzar estos controles [...]. El control cuantitativo del ‘campesinado’ no sólo se refleja en la posibilidad, a veces invocada, de volcarlos para controlar a los levantiscos mineros, sino, más en la ‘letra’ del NR, en el control cuantitativo de las elecciones gracias al voto popular (1952), una de las medidas del MNR. Convergentemente, bajo ese mero criterio cuantitativo, el ‘campesinado’ asegura también un amplio margen de ‘mano de obra’ tanto para los trabajos en las poblaciones, como en las minas, la agroindustria y, casi en la misma vena, para las Fuerzas Armadas, pues los campesinos constituyen la mayor parte de las levas anuales. En todo caso, es el carácter cuantitativo del ‘campesinado’ que resalta en el tratamiento objetivo bajo el NR [...]. La interpelación ideológica al ‘campesinado’ –interpelación paternalista, si las hay– ha sido manejada notablemente desde Villarroel a través de una reactualización de contenidos socioculturales previos a la conquista española. En estas condiciones, el ‘campesinado’ estaría figurado ahistóricamente, como si su permanente dependencia y explotación fuera la garantía de su ‘nacionalidad’ original y originaria. En un sentido conservador, el ‘campesinado’ encarna la ‘esencia’ de la nacionalidad, hecho que, por otra parte, se manifiesta en el folklorismo que cultiva el nacionalismo boliviano (*op. cit.*: 82).

Conocedor de la insurgencia del katarismo en los años setenta como factor de etnicización del movimiento campesino en base a la fuerza irradiadora de la identidad aymara, Antezana detecta, tempranamente, un doble movimiento sociológico del campesinado: una dinámica de

desplazamiento de clase y movilidad social a través de la migración (por la vía de su proletarización o de la constitución de élites de comerciantes, intermediarios y transportistas) que contrasta con tendencias conservadoras que tratan de aislar al campesino reduciéndolo a un componente estático e inmóvil de la pétrea nacionalidad de himno y escarapela:

En segundo lugar, mientras parte del ‘campesinado’ está sujeto a la movilidad social anotada, existe un aparato ideológico que tiende a aislar de la vida sociopolítica boliviana a aquellos que permanecen como ‘campesinos’ [...] a través de una reactualización de los contenidos socioculturales previos a la conquista española. En estas condiciones, el ‘campesinado’ estaría figurando ahistoricamente, como si su permanente dependencia y explotación fuera la garantía de su ‘nacionalidad’ original y originaria. En un sentido conservador, el ‘campesinado’ encarna la ‘esencia’ de la nacionalidad. Hecho que, por otra parte, se manifiesta en el folklorismo que cultiva el nacionalismo boliviano [...] En esta vena, es notable el carácter ‘aislante’ que tiene esta determinante ideológica propia del NR. El ‘campesinado’ se determina así como estando fuera, de alguna manera, de la formación social. Lo que, teniendo en cuenta otros factores de control, evita, por ejemplo, las conflictivas posibles alianzas entre los movimientos campesinos y obreros. Integrado bajo un control cuantitativo, ideológicamente aislado de otras interacciones –notablemente de izquierda–, el ‘campesinado’ permanece como un factor de poder en el interior del estado proburgués (*op. cit.*: 81-82).

En términos de articulación política –pues la praxis política no es sino, en cierto sentido, el arte de las articulaciones posibles–, Antezana hace hincapié en que la articulación entre la Central Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB) –recién constituida en 1979– y la Central Obrera Boliviana (COB) –con una pesada carga obrerista y minera– será determinante, a futuro, para definir el derrotero de la política nacional:

No se sabe si esta entrada [de la CSUTCB] en la COB será una mera reformulación del ‘campesinado’ en el interior del NR o, por el contrario, si la COB cambiará con esta inclusión. De todas maneras, el ‘campesinado’ es todavía una incógnita, sobre todo si se tiene en cuenta que no se lo ha considerado como un factor cualitativo dentro de la formación social boliviana (*op. cit.*: 82).

Pues bien, transcurridas varias décadas se puede sostener que, definitivamente, el campesinado pasó de ser un factor meramente cuantitativo a ser una variable cualitativa determinante de la política nacional, deviniendo en un sujeto complejo y contradictorio que se ha tratado de sustantivar a sí mismo como ‘indígena originario campesino’.

Por último, la vigencia del NR como fuente generativa de ideologías debería mirarse en el espejo de los objetos sociales no necesariamente hegemónicos surgidos en el campo de la disputa regional del poder –como las ‘autonomías’, el ‘pacto fiscal’, la ‘independencia’, la ‘media luna’ o las variantes tanto federales como tendencialmente separatistas en los momentos álgidos del conflicto político regional– que han puesto en entredicho el flanco del nacionalismo como sinónimo de centralismo unitario. De la misma manera que, en determinadas circunstancias históricas, el NR operó a modo de cortafuegos con respecto a la lucha de clases interna previniendo, por la fuerza, la deriva hacia una revolución abiertamente proletaria, también se puede afirmar que ha cumplido una función análoga en relación a las fracturas regionalistas, la cuales quedaron reducidas y subsumidas –o, tal vez, en latencia– ante amenazas y enemigos mayores a la integridad de la ‘Nación’.

Límites teóricos y discusión epistémica

Laclau y Antezana transitan sendas afines en sus respectivas reflexiones sobre la política, a partir del denominado ‘giro lingüístico’ (*Cfr.* Rorty, 1990)¹⁴ que marcó el rumbo de las ciencias sociales a partir de los años treinta del siglo pasado.¹⁵ Es por ello que la teorización de Antezana sobre el NR

14 Aunque 20 años después, al revisar su famoso ensayo de 1965, Rorty se sorprendería de “lo en serio que se tomaba [entonces] el fenómeno lingüístico. Lo cierto es que, inicialmente, creyó estar ante una de “las más grandes épocas de la historia de la filosofía”: “La filosofía lingüística, en los últimos treinta años ha conseguido poner a la defensiva a toda la tradición filosófica, de Parménides a Bradley y Whitehead, pasando por Descartes y Hume. Y lo ha hecho mediante un escrutinio cuidadoso y cabal de las formas en que los filósofos tradicionales han usado el lenguaje en la formulación de sus problemas” (Rorty, 1990: 159).

15 En su ensayo “Discurso” (2004), Laclau realiza una notable labor genealógica de las distintas teorías del discurso, diferenciando aquellas que “están fuertemente relacionadas con las

como eje general de organización de las ideologías en Bolivia, de forma casi indefinida desde la década de 1930, encuentra un alto grado de compatibilidad –o, puede ser traducida– en los términos del significante vacío, tal y como se ha tratado de demostrar aquí.

La vocación hegemónica –independientemente del signo ideológico que esta adopte según la contingencia histórica–; la conjugación de ideologías socialistas, nacionalistas, indigenistas, antiimperialistas, fascistoides e izquierdistas; la ocupación del centro del poder estatal boliviano; la encarnación de un antagonismo radical entre ‘pueblo’ y ‘oligarquía liberal’; y el cumplimiento de los postulados propios de la retórica catacrética del populismo, permiten entender el paradigma del NR en posición de significante vacío. Asimismo, existe una notoria similitud con el caso del peronismo, que Laclau refiere para exemplificar la lógica equivalencial.

No obstante, también es necesario señalar aquellos aspectos teóricos en los que la homología no resulta fructífera. Esto sucede, por ejemplo, con la nominación como estatuto teórico del significante vacío¹⁶. En términos epistémicos, Laclau considera que el significante vacío no es un ‘concepto’ sino un ‘nombre’; es decir, que no subsume, como categoría, una serie definida de objetos, sino que funciona a través de la nominación. Recurriendo a los aportes del antidescriptivismo de Saul Kripke –el cual postula que los nombres se refieren a las cosas a través de una asignación directa-originaria y sin pasar por ningún tipo de mediación descriptiva– y a los comentarios de Lacan a Kripke –la unidad del objeto de un proceso de nominación es el efecto retroactivo de la práctica misma de nominación; es decir, es el nombre mismo lo que constituye el fundamento de la cosa, del objeto–, Laclau concluye que es el nombre propio –por ejemplo, ‘Perón’– el que permite unificar y cristalizar la serie: “Es decir que siempre una serie que constituye una identidad popular va a ser unificada por un término que, en última instancia es el nombre de una persona; ese término, como nombre puro,

transformaciones en el campo de la lingüística estructural” (postestructuralismo) y aquellas “cuyos lazos con el análisis estructural son más distantes y no pasan a través de una crítica interna de la noción saussuriana del signo” (Foucault y su escuela, a decir del mismo Laclau).

16 Las referencias al proceso de nominación que se desarrollan a continuación provienen de la misma fuente indicada en la nota al pie núm. 7.

es el que constituye la unidad del objeto” [56’35”-58’43”], señala Laclau. ¿Cuál sería el nombre propio/puro que encarnaría el NR? Sin duda, esto se complica cuando se trata de formaciones sociales de naturaleza conceptual compleja y combinada. Algo similar sucede si queremos agregar el análisis del ‘afecto’, en virtud de la máxima laclausiana que establece que cualquier totalidad social es resultado de una articulación indisociable entre la dimensión de significación y la dimensión afectiva. ¿Cómo encaja esta dimensión afectiva con el orden lógico desentrañado concienzudamente por Laclau?

En suma, Laclau y Antezana analizan la articulación entre política e ideología desde el discurso, entendido este no sólo como un mero fenómeno lingüístico sino como el campo de objetivación de lo social; es decir, de las prácticas y de las formaciones sociales. Es el campo, en consecuencia, que hace posible la significación y el sentido, cualquiera sea la nominación postmarxista que se adopte: ideologemas, episteme, etc.

De forma análoga a lo que sucedió en su momento con el postmarxismo althusseriano –a través de su teorización sobre los Aparatos Ideológicos del Estado (AIE)¹⁷–, estas innovaciones en el abordaje conceptual tuvieron la virtud de desafiar la perspectiva marxista convencional que establecía una correspondencia total –o una identidad empírica, si se prefiere– entre ideología y clase social, restringiendo el alcance de la primera a la idea de ‘falsa conciencia’.

No obstante, el enfoque discursivo laclausiano será fuertemente contestado tanto desde el flanco del marxismo ‘ortodoxo’ –por cierta sofisticación posmoderna, por el desplazamiento de la categoría de clase– como desde posiciones liberales –por la indistinción entre democracia y autoritarismo, la justificación de los populismos–. Sin embargo, la observación teórica más sensible es aquella que impugna la autonomía del discurso y su carácter performativo con respecto a la realidad –crítica que confronta la consabida

17 Althusser definirá la ideología como la “representación de la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia” (2015 [1996]: 220) y remarcará, como innovación, que la misma siempre existe en un aparato y en las prácticas concretas: “Las ideas de un sujeto humano existen en sus acciones y las acciones están gobernadas por ritos [...] dentro de la existencia material de un aparato ideológico” (*ibid.*)

máxima derridiana de que “no hay nada fuera del discurso”¹⁸–. Como parte de la miscelánea de los estudios culturales –y de su interés específico por la pugna ideológica asociada al racismo y a las luchas de la negritud en contextos coloniales–, será Stuart Hall quien advierta sobre los excesos en los que puede incurrir esta corriente:

[...] puesto que no hay prácticas sociales que se desarrollem fuera del dominio de la significación (semiótica), ¿todas las prácticas son simples discursos? [...] Althusser nos recuerda que las ideas no andan flotando, que se materializan en prácticas sociales sustentadas por ellas [...] en este sentido, lo social nunca está fuera de la semiótica [...] no hay ninguna práctica social fuera de la ideología, sin embargo, esto no equivale a decir que no hay otra cosa más que el discurso (Hall, 2017: 181-182).

Hall abunda en la diferencia entre *la ideología* y *lo ideológico* y, aunque no consigue resolver el dilema entre práctica y discurso, aporta una importante reflexión sobre la especificidad de la producción ideológica con respecto a otro tipo de prácticas materiales, como la producción de mercancías:

Sé lo que significa describir como prácticas procesos de los que habitualmente hablamos desde el punto de vista de las ideas; las ‘prácticas’ parecen concretas. Se dan en sitios y aparatos particulares tales como las aulas, las iglesias, las salas de conferencias, las fábricas, las escuelas y las familias. Y esa concreción nos permite afirmar que son ‘materiales’. No obstante hay que remarcar las diferencias entre los diversos tipos de prácticas [...]. Hay una especificidad propia de aquellas prácticas cuyo objeto principal es producir representaciones ideológicas. Son diferentes de aquellas otras prácticas que –significativamente, inteligiblemente– producen otras mercancías. Quienes trabajan en los medios [de comunicación] están produciendo, reproduciendo y transformando el campo de la representación ideológica misma. Mantienen una relación con la ideología en general que es diferente de la que mantienen otros que están

18 Jorge Alemán sintetiza este debate refiriéndose a la confrontación de dos ontologías: “O estamos constituidos por el poder o estamos constituidos por el lenguaje [...]. Yo tomo a Laclau como alguien que está en esa vertiente ontológica: para él, no estamos constituidos por el poder, estamos constituidos por la lengua, o por el lenguaje, o por el discurso” [véase nota al pie núm. 6; el minutaje correspondiente es: 11':10”-11':58”].

produciendo y reproduciendo el mundo de las mercancías materiales, quienes, sin embargo, también están inscritos por la ideología. Barthes observó hace mucho tiempo que todas las cosas son también significaciones. Las últimas formas de práctica mencionadas [aquellas referidas a la producción de mercancías] operan en la ideología, pero no son ideológicas en cuanto a la especificidad de su objeto (*op. cit.*: 180-181).

Antezana retomará esta cuestión algún tiempo después, en su prólogo a *El discurso del nacionalismo revolucionario* (1985), de Fernando Mayorga, donde ratificará que los discursos ‘hacén’ cosas:

Aunque cierta tradición utilitarista suele quitar pertinencia al peso articulador y constitutivo de los discursos sociales (en la época que rige el NR, por ejemplo, un eslogan gubernamental enfatizaba aquello de ‘hechos y no palabras’), es de creciente evidencia que los sentidos sociales no pueden prescindir de una matriz discursiva. Los discursos ‘hacén’ cosas (Antezana, 2020: 51).

A juicio de Antezana, el trabajo de Mayorga permite entender la interacción entre lo verbal y lo factual, a partir de la constitución del sujeto popular protagonista de la Revolución del 52, cuyo estatuto no proviene, única y mecánicamente, del cambio de las condiciones en la base de las relaciones de producción –conforme al dogma marxista–, sino, también, del mismo complejo discursivo del NR, como campo de interpelación social:

Este estudio pone en evidencia que la conformación de tal complejo discursivo –ideológico– no es un efecto *more mecánico*, fruto de unas más probablemente sustantivas transformaciones a nivel infraestructural (como se dice), sino que, en su proceso de conformación, el NR produce un campo de interpelación social donde adquieren sentido los diversos procesos sociales del período y, notablemente, el sujeto popular que lleva adelante la Revolución del 52. En otras palabras, si bien las condiciones históricas y sociales de la época hacen visible el complejo discursivo del NR, este, a su vez, permite pasajes y articulaciones que, de otra manera (bajo la vigencia del ‘discurso liberal’ previo, por ejemplo) no hubieran sido históricamente efectivos. José Fernando Mayorga nos ofrece las diversas condiciones que permiten entender esa interacción entre lo verbal, digamos, y lo factual [...]. Bajo esta perspectiva, teniendo en cuenta el hilván del NR, Estado y Pueblo se conformarían casi simultáneamente y, así, de acuerdo a la versión más conocida

y difundida, el nuevo Estado del 52 –para adelante– sería uno cuyo contenido es, pese a los avatares, fundamentalmente popular, de la constitución del Pueblo como posible sujeto histórico que acompaña este quehacer social (*op. cit.*: 52).

Mayorga ya había planteado lo sustantivo de este abordaje en su tesis de licenciatura, en la que sostuvo, como planteamiento central, que “el sujeto revolucionario [del 52] es constituido a través de una interpelación no clasista”, por lo que el carácter de clase de la ideología nacionalista resulta denotado “por el proyecto hegemónico que actúa como propio articulador del discurso del MNR y sustenta el mecanismo interpelatorio” (Mayorga, 1983: 83).

En una deriva afín al postulado de Carlos Montenegro de un pueblo investido por oposición a todo lo que representa la antinación (la oligarquía, la ‘Rosca’ minera, el imperialismo), Mayorga identifica al sujeto interclasista (también denominado ‘policasista’ en otras aproximaciones) como producto genuino del quehacer ideológico nacionalista del momento:

[...] el sujeto pueblo interpelado y constituido a través de la convocatoria ideológica nacionalista es un sujeto interclasista, es decir, se ubica en el conjunto de las relaciones ideológico-políticas de dominación en la sociedad boliviana, cuya contradicción principal está expresada en el antagonismo entre el bloque minero terrateniente y el bloque de poder conformado por los obreros, campesinos y pequeña burguesía [...] las clases y los sectores sociales del bloque dominado son parte constitutiva e indiferenciada del pueblo, único sujeto para el discurso nacionalista boliviano [...] (*op. cit.*: 85).

Apuntes finales: cien años y un día de Nacionalismo Revolucionario

Han transcurrido 40 años desde la publicación del ensayo de Luis Antezana sobre el NR y, sin embargo, el texto sigue manteniendo, casi intacto, el vigor inaugural al que se refirió Mayorga al compilarlo como parte de la *Antología de la ciencia política boliviana* (2019):

Es un ensayo inaugural y original porque introduce la importancia de la ideología en el análisis del proceso político a partir de la teoría del discurso abriendo una veta de análisis pertinente para reflexionar sobre la influencia del nacionalismo revolucionario –revisando la obra de Carlos Montenegro, Sergio Almaraz y René Zavaleta Mercado– en las distintas fases de la historia del Estado boliviano (Mayorga, 2019: 143).

Es, tal vez, el mismo Mayorga quien responde al porqué de la resistencia al envejecimiento del referido ensayo al subrayar la carencia de tradición de la ciencia política en el país, la debilidad de la disciplina –que recién fue tomando cuerpo en los años ochenta del siglo pasado–, y el tradicional tratamiento de la política desde otras perspectivas disciplinarias, como el derecho, la filosofía, la psicología y la sociología (*op. cit.*: 20). “En general, desde fines de los años setenta –señala Mayorga– la revolución fue desplazada paulatinamente por la democracia como objeto de indagación en los estudios y ensayos en América Latina” (*op. cit.*: 21).

Por otra parte, el aporte de Antezana se distingue porque trata la ideología desde la lingüística –próxima al interés del autor en torno a la crítica literaria– y no desde el marxismo, como se acostumbraba en el ámbito local. Todavía hoy permanecen insuperados los trabajos de Zavaleta para el análisis de la ideología, con base en el núcleo teórico marxista de la fetichización de la mercancía. Zavaleta propone dos definiciones de ideología como “formación aparente” (para el caso de la burguesía) y como “lo que una sociedad cree de sí misma”¹⁹. Zavaleta traslada a la realidad boliviana y al Estado la mistificación propia del capitalismo –donde la explotación y la apropiación de la plusvalía aparecen encubiertas como ganancia–, para que la dominación, la jerarquía política y la reproducción del poder queden travestidos como bien común. Una consecuencia de esta forma de ver las cosas en Zavaleta, según Tapia (2020), es pensar que la tarea de la ciencia es penetrar esas formas aparentes para desenmascararlas.

Aunque los dispositivos marxistas siguen siendo, aún hoy, de gran utilidad para estudiar la producción de ideologías –con mayor razón, en

19 La primera proviene de “Las formaciones aparentes en Marx” (1979) y la segunda de “Cuatro conceptos de la democracia” (1983).

sociedades donde la dominación acusa el agregado de la colonialidad—, habría que indagar las nuevas condiciones generadas por la declarada ‘postmodernidad’ y por los fenómenos globales. Podría decirse que este último es uno de los puntos débiles tanto en Laclau como en Antezana, pues ninguno toma en cuenta la sobredeterminación externa de las ideologías pretendidamente nacionales. En este contexto, ¿será posible hablar de la vigencia del paradigma del NR hoy, a pocos meses de la celebración del Bicentenario de la independencia de Bolivia y a tan sólo unos años de la conmemoración del Centenario de la Guerra del Chaco (dos de los acontecimientos, junto con la Guerra del Pacífico, con mayor pregnancia en la identidad nacional)? ¿Durante estas décadas se ha producido algo más allá del eje discursivo del NR o las variantes neoliberales y los agregados pluri-multis, indigenistas y plurinacionales son sólo recargas o formaciones accesorias propias del barroquismo andino? ¿En qué medida el significante ‘democracia’ ha reemplazado los significados ideológicos en torno a la política instalados por décadas? ¿En qué condiciones operan actualmente los aparatos ideológicos en el país en el entrecruzamiento entre flujos de postmodernidad y dinámicas multisociales todavía vigentes?

Aunque sabemos, desde fines de los años setenta, que se tiene por ‘postmoderna’ la condición de incredulidad con respecto a los metarrelatos (como grandes discursos universales de legitimación del poder que apelan a la razón, a la ciencia, al espíritu o a la emancipación humana) y que esta conlleva una crisis de la función narrativa y una disgregación de los sentidos en una pragmática de las partículas del lenguaje y de la heterogeneidad de los juegos lingüísticos (Lyotard, 2000: 9-10), hay que considerar también cómo, desde la teoría de sistemas, Luhmann pone en duda la entidad estructural sociológica de la postmodernidad advirtiendo que esta funciona –eso sí– como estructura semántica, reproduciéndose al calor de lo completamente efímero: “La proclamación de la ‘posmodernidad’ tuvo al menos un mérito. Dio a conocer que la sociedad moderna había perdido la confianza en lo correcto de sus descripciones de sí misma” (Luhmann, 1997: 9).

Jameson, por su parte, parece confirmar la sospecha de Luhmann al definir, por la vía negativa, la postmodernidad como aquello “que queda cuando el proceso de modernización ha concluido y la naturaleza se ha

ido para siempre [...] la cultura se ha convertido en una auténtica ‘segunda naturaleza’” (Jameson, 2018: 5). Empero, en las condiciones sociológicas de Bolivia –y de varios países andinos y latinoamericanos– sería imprudente concluir que el proceso de modernización ha concluido, cuando la industrialización y la sustitución de importaciones siguen siendo la principal promesa económica. El crítico literario estadounidense vincula su reflexión con la lógica cultural del capitalismo avanzado –en clave lukacsiana– cuando señala que “la postmodernidad es el consumo de la pura mercantilización como proceso” (*ibid.*). Jameson se pregunta si el entramado postmoderno permite, en última instancia, la producción de ideologías perdurables:

La fórmula althusseriana, en otras palabras, designa una brecha, una fisura, entre la experiencia existencial y el conocimiento científico. Así, la función de la ideología es inventar, de alguna manera, una forma de articular entre sí estas dos dimensiones diferenciadas. Una perspectiva historicista de esta definición añadiría que tal coordinación, la producción de ideologías activas y vivas, varía según las diferentes situaciones históricas y, sobre todo, que quizás haya situaciones históricas donde no sea posible en absoluto; y ésta sería nuestra situación en la crisis actual (*op. cit.*: 62).

Para Jameson, por el grado de desarrollo del capital a escala global, cualquier intento por reelaborar los sentidos de la política tendrá que ceñirse, obligadamente, a la verdad de la postmodernidad y al fenómeno global:

Una estética de la cartografía cognitiva –una cultura política pedagógica que intente dotar al sujeto individual de un sentido más agudo de su lugar en el sistema global– deberá respetar necesariamente esta dialéctica de la representación, tan compleja en nuestros días, e inventar formas radicalmente nuevas de hacerle justicia. Es evidente, por tanto, que no se trata de una exhortación para regresar a la antigua maquinaria, a un antiguo espacio nacional transparente o a un tranquilizador enclave perspectivista o mimético más tradicional: el nuevo arte político (si es que es posible) tendrá que ceñirse a la verdad de la postmodernidad, es decir, a su objeto fundamental –el espacio mundial del capital multinacional– en el mismo momento en que consiga un nuevo modo (hoy por hoy inconcebible) de representar a este último. Quizás así podamos empezar a entender de nuevo nuestra situación como sujetos individuales y

colectivos y recuperar nuestra capacidad de acción y de lucha, hoy neutralizada por nuestra confusión espacial y social. Si alguna vez existe una forma política de la postmodernidad, su vocación será inventar y diseñar una cartografía cognitiva global, tanto a escala social como espacial (*op. cit.*: 63).

En el caso boliviano, las capas sedimentarias del campo ideológico contemporáneo son ya casi centenarias y la producción de nuevos sentidos políticos comunes tendrá que lidiar –sincrónicamente con la modernidad, la postmodernidad, lo global y lo digital– con las restricciones impuestas por su ‘ideología constitutiva’, como ya apuntara Zavaleta, hace 40 años, visionariamente, en su introducción a *Bolivia, hoy*, volumen en el que se publicó el ensayo seminal de Antezana:

El verdadero freno a las profundas transformaciones que sin duda requiere de un modo angustioso Bolivia es el trasfondo poderoso de su ideología constitutiva. El trabajo de Antezana, “Sistema y procesos ideológicos en Bolivia (1935-1979)”, ilumina de un modo lúcido la difícil relación entre la ideología profunda del país y los problemas que podemos llamar de previedad ideológica que condicionan cualquier política de transformación. En el fondo, allá donde no se obtenga el replanteamiento ideológico –o sea, de un cierto sistema de creencias, que es el que viene de 1952– tampoco se podrá realizar ninguna de las dos tareas mencionadas, es decir, ni la autodeterminación económica ni la reforma racional (en el sentido de verificación) del estado (Zavaleta, 1983: 10).

*Fecha de recepción: 31 de julio de 2024
Fecha de aceptación: 17 de noviembre de 2024*

Bibliografía

- Althusser, Louis ([1969] 2015). *Sobre la reproducción*. Madrid: Akal.
- Antezana, Luis H. ([1985] 2020). “Prólogo a ‘El discurso del nacionalismo revolucionario’, de Fernando Mayorga”. En: Antezana, Luis H. *Prólogos y epílogos. Seguido de un post scriptum*. La Paz: Plural.

Antezana, Luis H. ([1981] 1983). “Sistema y procesos ideológicos en Bolivia (1935-1979)”. En: Zavaleta, René (comp.). *Bolivia, hoy*, México D. F.: Siglo XXI.

Appleton, Timothy (2022). *La política que viene: Hacia un populismo de las singularidades*. Buenos Aires: NED.

Céspedes, Augusto (2016). “El pozo”. En: Vargas Severiche, Manuel (ant.), *Antología del cuento boliviano*. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.

Claros, Luis (2017). *Sentido e ideología. Cuestiones de teoría y método* (vol. 0). La Paz: Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la Vicepresidencia del Estado Plurinacional

Hall, Stuart (2017). “Ideología y lucha ideológica”. En: Daryl Slack, Jennifer y Grossberg, Lawrence (eds.). *Estudios culturales 1983: Una historia teorética*. Buenos Aires: Paidós.

Jameson, Fredric (2018). *Teoría de la postmodernidad. La lógica cultural del capitalismo avanzado*. Madrid: Trotta.

Kristeva, Julia (1974). *El texto de la novela*. Barcelona: Lumen.

Laclau, Ernesto ([2005] 2011). “El pueblo y la producción discursiva del vacío”. En: Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, Ernesto ([1993] 2004). “Discurso”. *Estudios* (Méjico D. F.), núm. 68, primavera: 7-18.

Laclau, Ernesto (1996). “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”. En: Laclau, Ernesto. *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.

Luhmann, Niklas (1997). *Observaciones de la modernidad. Racionalidad y contingencia en la sociedad moderna*. Barcelona: Paidós.

Lyotard, Jean-François (2000). *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Cátedra.

Mayorga, Fernando (2019). “De la revolución a la democracia. Estado, representación y participación” (Estudio introductorio). En: Mayorga, Fernando. *Antología de la ciencia política boliviana*. La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia.

Mayorga, Fernando (1983). “El sujeto revolucionario en el discurso nacionalista boliviano (1932-1952)”. Tesis de licenciatura para la carrera de Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México D. F., noviembre.

Peninou, Georges (1976). *Semiotica de la publicidad*. Barcelona: Gustavo Gili.

Rivera Cusicanqui, Silvia, Toranzo Roca, Carlos F. y Zavaleta Mercado, René (1981). *Bases: expresiones del pensamiento marxista boliviano*, vol. 1. México D. F.

Rorty, Richard (1990). *El giro lingüístico. Dificultades metafilosóficas de la filosofía lingüística*. Barcelona: Paidós e Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Barcelona.

Tapia, Luis (2020). “Metateorizando los cuatro conceptos de democracia”. En: Tapia, Luis. *La idea del estado como obstáculo epistemológico*. La Paz: CIDES-UMSA y Autodeterminación.

Zavaleta Mercado, René (1983). “Introducción”. En: Zavaleta Mercado, René (comp.). *Bolivia, hoy*. México D. F.: Siglo XXI.

Žižek, Slavok (2000). “Más allá del análisis del discurso”. En: Ardití, Benjamín (ed.). *El reverso de la diferencia. Identidad y política*, Caracas: Nueva Sociedad.